

CAPÍTULO XXVI

Visita á la catedral de Chuquisaca. — Memoria venerable de sus prelados. — Insigne beneficencia de Fr. José Antonio de San Alberto. — Colegio de Propaganda. — Servicios del P. Herreros á la civilizaci6n de los indígenas. — ¿Qué han hecho los frailes por la sociedad? — Reacci6n de las buenas ideas. — Trabajos del metropolitano. — La sociedad cat6lica literaria de Chuquisaca.

Cada vez que he meditado sobre alguno de esos grandiosos monumentos que levantaron en América el celo y la piedad de sus hombres venerables, mi espíritu atraviesa los siglos y las distancias que de ellos la separan, y elevándose hasta la época remota en que vivieron, les paga en amor, respeto y admiraci6n el tributo que les es debido de justicia. ¡Cuántos recuerdos evocaba en mi alma la catedral de la antigua metrópoli de los Charcas (1)! ¡Cuántos hombres venerables á cuya vida de sacrificio debe la América la fe, las luces y la civilizaci6n! Alfonso de la Guerra, Domingo de Santo Tomás y en los tiempos modernos José Antonio de San Alberto. ¡Cuántos rasgos

(1) Charcas, la Plata, Chuquisaca, todos estos son nombres que ha llevado la capital de Bolivia.

sublimes no dejaron que contemplar á las generaciones venideras? En aquella catedral veía retratados los obispos que la gobernaron y al nombre de cada uno seguía escrita la serie de beneficios con que casi todos enriquecieron á su Iglesia y á su grey. Templos, hospitales, colegios, y otras instituciones piadosas que hasta hoy se conservan, obra suya fueron, y podremos añadir aun mas, que no hay en Bolivia otras casas de beneficencia sino las que establecieron ellos mismos. Imposible parece que alguno de esos hombres venerables pudiera haber fundado un número tan crecido de establecimientos como los que vemos, y mucho mas cuando para sus empresas no contaba sino con recursos eventuales. Desde que entré en la provincia de Córdoba, en el Tucuman, hasta que salí de los límites de la diócesis de Chuquisaca, por todas partes encontré el nombre del obispo D. Fr. José Antonio de San Alberto, unido ya á un colegio, ya á una casa de asilo, ya á un monasterio ó á otros establecimientos de esta naturaleza. En Córdoba, Tucuman, Salta, Potosí y en Chuquisaca mismo se elevan en el recinto de los pueblos recordando el nombre venerable de su bienhechor, han atravesado la prolongada época de trastornos y de revoluciones políticas y han sufrido los efectos de estas mismas muchas veces; pero no han sucumbido, porque el furor revolucionario en medio de sus excesos suele á veces respetar las obras de insigne misericordia.

Otro de los grandes bienes debido á la caridad generosa de los obispos, fueron los primeros colegios de propaganda que promovieron y el rey de España protegió con munificencia. En otro lugar hemos indicado la postraci6n á que

las revoluciones redujeron estos grandes baluartes de la fe. Un hombre de celo y caridad á toda prueba recorria Bolivia en 1835, y haciéndose cargo de las necesidades de los colegios y de las misiones se dirigió dos veces á Europa, buscó y condujo religiosos, pobló aquellos nuevamente y restableció el pequeño número de misiones que hoy existe. Cuando principiaba á desarrollar el plan de propaganda entre infieles, que habia combinado durante sus viajes hechos por los lugares mismos donde iba á entablarse, Dios le llamó de la tierra, y los bellos proyectos del P. Herreros quedaron sin ejecucion. No son muchos en nuestra época aquellos cuya vida presenta tantos rasgos de caridad y de amor ardiente á los hombres, como la de este apostólico religioso: su existencia activa é infatigable fué un dilatado servicio á la civilizacion de los indigenas de Bolivia. Miraba á estos con inmensa ternura, consideraba sus intereses como propios y no ahorró sacrificio á trueque de proporcionarles los bienes que producen en el hombre la felicidad verdadera.

Cuando en Bolivia hemos oido preguntar con énfasis: « ¿Qué han hecho los frailes por la sociedad? » y responder maliciosamente á esta cuestion con una nomenclatura de maquinaciones que, segun se dice, fueron forjadas en los claustros para clavar el puñal asesino en el pecho de los magistrados, hemos experimentado los mas vivos sentimientos de compasion y desagrado. De compasion, decimos, porque compadece en efecto encontrar tan atrasados en el conocimiento de la historia á los que se creen llamados á dirigir la opinion pública ilustrándola por la prensa. ¿Qué han hecho los frailes por la sociedad?

se pregunta, y nosotros para contestarles queremos cerrar la crónica de todas las naciones de la tierra, unida intimamente con la de los cuerpos religiosos hace ya mas de quince siglos; mandar al olvido todas las ciencias y todas las artes modernas, ennoblecidas por entendimientos elevados que las desarrollaron en el silencio de los claustros; no considerar las líneas de monasterios que vemos establecidas desde el mar Caspio hasta el Mediterráneo, y desde la Siberia hasta la España cuyos individuos daban asilo bajo el techo humilde de sus monasterios á las ciencias perseguidas por los gobernantes, olvidadas por los políticos, é ignoradas de todos durante los siglos de tinieblas que atravesó la sociedad; queremos olvidar tambien la historia, los monumentos, el testimonio universal y nuestra propia experiencia, en fin, y que nada valga todo esto para responder. Preguntemos á la América, preguntemos á Bolivia: ¿Qué han hecho los frailes en favor de la sociedad? Preguntemos si su mérito es de tal naturaleza que pueda oscurecerse por imputaciones miserables; y desde las Californias hasta el cabo de Hornos, y desde el seno mejicano hasta Paraguay, se conmoverá la sociedad entera para responder, puesto que esa misma sociedad ha sido en gran parte obra de los frailes. Examinense con imparcialidad los elementos que existieron en América cuando fué organizada allí una sociedad por conquistadores europeos; un puñado de hombres á quienes el deseo de adquirir fortuna trasladaba desde su patria al otro lado de los mares á poblar tierras desconocidas, hombres en su mayor parte rudos é ignorantes, no pocos de entre ellos viciosos, algunos tambien que

salian de los presidios para ir á la América á llenar las exigencias de una conquista la mas vasta que potencia alguna europea habia emprendido hasta entónces, se deramaba entre hordas salvajes organizadas mas ó ménos imperfectamente, ó entre naciones poderosas aunque bárbaras. La superioridad de su inteligencia, de sus armas y de su disciplina daba á los europeos un triunfo que en diferentes circunstancias habria sido imposible. Mas combinar estos elementos, unirlos estrechamente, hacerlos servir para formar de ellos una sociedad regularizada, no era obra de la inteligencia; y ni á las armas ni á la disciplina militar era dado producir un resultado semejante. Fué necesario establecer otro género de conquista y en esta los primeros trabajos tenian por objeto ganar el corazon á los mismos que trataban de subyugar con la fuerza á los demas. Quien conozca la historia de la conquista habrá percibido la voz enérgica del inmortal Luis de Valdivia, que con esfuerzo sacerdotal dice al rey Felipe III: «Vuestra Majestad trata de justificar su causa diciendo que jamas dió motivo á los indígenas para sublevarse, y que ménos lo dieron aun los reyes sus abuelos. Esto es muy cierto; pero no lo es ménos que los españoles que gobiernan estos paises en nombre de Vuestra Majestad los ofrecen en sus vicios cada dia... Reprimir eficazmente estos mismos vicios ha de ser el primer cuidado de Vuestra Majestad; sin esta circunstancia la reduccion y conversion de los indígenas es imposible (1).» En Méjico, en la Nueva Granada, en el Perú y en toda la vasta extension

(1) Memoria dirigida al rey sobre la conversion de los araucanos.

del nuevo continente, era este mismo el juicio de los misioneros, y su mayor trabajo era dirigido á contener los excesos de los conquistadores que desbarataban en un momento lo que ellos habian conseguido con la fatiga y la constancia de mucho tiempo. Esta empresa mas ardua en cierto modo que la conquista misma de los infieles, esta obra de importancia vital para las colonias de América fué obra de los religiosos. Y aun cuando sus servicios á la sociedad se hubieran limitado á este, habria sido eminente por su naturaleza y por sus circunstancias y mucho mas eminente todavia por sus resultados. Pero no se redujeron á este solamente: las armas victoriosas de los europeos sometian á los vencidos á prestar un vasallaje que aborrecian; pueblos enteros eran abandonados de sus moradores despues que recibian la ley del conquistador; comarcas florecientes por su agricultura, por su poblacion y por su riqueza se veian eriales y desiertas poco despues de conquistadas. Sus habitantes ó huían á los montes escarpados, ó penetraban en el interior de las selvas mas espesas, alejándose de señores que ni conocian ni amaban; sin el elemento de la fe los europeos no habrian podido reducir á los indígenas á familiarizarse con ellos sino en muy corto número, y la conquista y poblacion de la América habria ofrecido nuevas dificultades mas formidables todavia que aquellas que fué necesario superar para realizarla. Los misioneros ofrecieron su vida como precio de la ilustracion de los bárbaros y los buscaron en sus escondites para conquistarles la voluntad con la luz eterna que hicieron brillar en sus inteligencias. De este modo pudieron combinarse aquellos ele-

mentos y producir esa sociedad numerosa, esas grandes ciudades y esos pueblos opulentos con que en poco tiempo se enriqueció el mundo de Colon. De suerte que, cuando el ruido de las armas y el sangriento espectáculo de los combates alejaban de la civilización á los tímidos indígenas, y cuando las extorsiones á que les sometían no pocas veces los malos hábitos de soldados sin moral, les inspiraban aborrecimiento á una sociedad que les hacía gustar frutos tan amargos, la caridad y el celo de los ministros de Dios, haciéndoles olvidar sus temores, sus costumbres, sus intereses y su libertad misma, los volvían á su patria, á su hogar y á su trabajo y, lo que aun es mas, los hacían miembros de una república cristiana. Ved ahí un servicio hecho á la sociedad por frailes. Ni los filósofos, ni los liberales que hacen aquella pregunta la prestaron jamás otro semejante. No se diga que la civilización de América ha sido obra del poder de los reyes europeos, ni una victoria alcanzada por el comercio, por la imprenta ó por las colonias militares: quien piense de este modo ignora completamente la historia de América. La fuerza pudo dominar apenas el pequeño territorio que pisaba un puñado de hombres, empeñados en sacar oro de las raíces de los árboles y de las entrañas de la tierra; los mercaderes no ponen en riesgo sus mercancías ni su vida colocándose solos en medio de los peligros, para vender efectos cuya utilidad no comprenden sino los hombres civilizados, y ménos la imprenta puede producir transformaciones sociales entre individuos que ignoran aun si existe ó no el abecedario. La religión y solo la religión pudo realizar la unión de aquellos elementos, ino-

culando sus principios en conquistadores y colonos, en victoriosos y vencidos. Ella fué quien abrió delante de los indígenas un inmenso campo que desconocían, les hizo aprender su noble destino como criaturas racionales, y por ella percibieron claramente la voz de su propia conciencia que, dirigida por la fe, les enseñó la obediencia á los magistrados y el respeto á los vínculos sociales. ¿Y á quién sino á los misioneros se debió la propaganda de esta doctrina celestial? Seamos despreocupados: día por día se nos repite que es el presente un siglo de evidencia al que no puede satisfacerse sino con hechos evidentes. ¿Y qué otra cosa hacemos sino citar hechos que conoce y palpa todo el mundo? Mas algunos creen exhibirse como hombres ilustrados declamando contra las instituciones mas célebres y mas venerables del catolicismo, y como no conocen los antecedentes de estos cuerpos, ni tienen de ellos mas noticias que las adquiridas en escritos que les son desfavorables, les cobran antipatía profunda y no desperdician ocasión para mostrársela. La sociedad, mientras tanto, cuando serenada de ese vértigo violento á que la arrastraron sus excesos, medite tranquila su pasado, reconocerá servicios eminentes de quince siglos debidos á los regulares, y los escribirá con letras de oro para que las generaciones venideras los reconozcan y los aprecien cual merecen.

Los hombres pensadores, los que viven persuadidos de que la religión y sus instituciones son la única base social posible, trabajan en Bolivia para propagar los buenos principios, que han de servir de valla á la audacia de los que maquinan contra el orden religioso. El infatigable

metropolitano de Chuquisaca, D. Manuel Angel de Prado, inició en su clero un movimiento saludable y que tiende á disponerlo para ejercer en medio del pueblo, de un modo correspondiente, las altas funciones que le encomienda su dignidad. El establecimiento de las frecuentes conferencias morales y del instituto de ordenandos fué el primer paso que le preparó para otros mas avanzados y tan provechosos como este. Promovió las misiones en los pueblos y en los campos para que todos pudiesen instruirse en los principios de la fe y dirigirse segun las obligaciones que impone la religion. Dispertó en los jóvenes el amor á los estudios que tienen relacion con esa misma fe, y para estimular á los que encontró mejor dispuestos cooperó á la instalacion de una sociedad católico-literaria en el oratorio de San Felipe de la ciudad de Chuquisaca. El fin de esta interesante reunion « es el estudio de los principios filosóficos de la religion católica, apóstolica, romana como objeto fundamental, y como accesorio la adquisicion de todos los demas conocimientos literarios. » Una juventud florida corrió presurosa á inscribir su nombre en el registro de los asociados, y en sus reuniones se oían alguna vez palabras tan hermosas y tan verdaderas como estas : « La conciencia de un cristiano es un poder superior á todo otro poder, una fuerza mas enérgica que toda otra fuerza creada ; ella resiste y vence al cetro ferreo de todas las tiranías del mundo : en vano ruge la tempestad de las persecuciones, en vano se desencadena el rayo de las venganzas humanas, en vano se trastornaria el universo entero, el alma cristiana apoyada en Dios y en su conciencia permanecerá firme como la roca, invulnerable

como el genio. » ¿ Qué cosa mas digna para el hombre que conocer á fondo la religion cuyos dogmas y preceptos deben servir de regla á los movimientos y á las resoluciones de su conciencia? Este hecho prueba que el sentimiento católico se agita á la par que nacen las dificultades, porque la Providencia tiene dispuesto que á medida de las contradicciones que en su marcha experimenta la Iglesia, se levanten los defensores de sus derechos y sus dogmas. El ejemplo de los jóvenes asociados no será estéril ; ya se deja sentir en todas partes y en muchos individuos un ahinco por instruirse de una manera radical en los principios católicos ; ya han sido desterrados formalmente de las familias los libros perniciosos que formaban su entretenimiento y diversion, y ya, en fin, personas ántes preocupadas que se avergonzaban de concurrir á los templos y á las funciones religiosas, asisten públicamente á estas, y no se desdeñan de cumplir fielmente sus deberes de católicos. Si los negocios que conciernen á la religion fuesen protegidos de una manera eficaz, por la influencia saludable que ella ejerce en el corazon de los ciudadanos en beneficio público, entónces esta reaccion se operaria de una manera mas rápida y sus efectos serian mas generales. Pero llegará dia en que esto suceda. Dos medios tienen hoy solamente los gobiernos para salvar á la sociedad y son : ó regenerarla por la religion, ó contener las agresiones del movimiento revolucionario por la dictadura. Entre estos dos medios el primero es mas conforme á la dignidad del hombre que obedece y á los principios de equidad que deben dirigir en su marcha á los que mandan. En América, donde las ideas mas exageradas de

libertad han exaltado á los espíritus y conducido la sociedad al borde de un abismo, hemos visto que los gobiernos que se decían liberales han recurrido al despotismo ántes que á procurar la regeneracion de las ideas que producen el mal. En Méjico, Nueva Granada, Perú y Bolivia han proclamado la dictadura para salvar la patria; los ciudadanos se han despojado de sus garantías para no ser víctimas de la anarquía, pero el mal no ha cesado. El despotismo sufoca el incendio, pero no lo apaga. Cuando el principio religioso impere en la conciencia y en el corazón de todos los ciudadanos, entonces solamente cesará el mal que á todos amenaza.



CAPÍTULO XXVII

Dejo á Chuquisaca. — La hermita solitaria. — Peticion de unos estudiantes. — Vestigios de la piedad en Macha. — Los llanos de Aylloma. — Ruinas de dos especies. — Impresiones. — Sepulcros de los indios. — Una revolucion en Oruro. — Los aguinaldos en Ancacato. — Hondas huellas que deja la revolucion. — Calamarca. — Lance desagradable en la Paz. — Hecho sorprendente en política.

Atras dejaba á Chuquisaca y de la ciudad de los Charcas apenas divisaba ya sus altos campanarios. Cerros que se prolongaban hasta juntarse con los Andes, de donde nacen; profundos precipicios abiertos por los aluviones; campos desnudos de vegetacion y una naturaleza pobre y privada de cuantos atractivos pudieran embellecerla, eran los objetos que se me ofrecian á cualquiera parte que volviese mi vista. Ni las frondosas arboledas, ni los jardines fragantes que embellecen los suburbios de las otras capitales de América se dejan ver en los de Chuquisaca. La naturaleza aparece triste y los rayos del sol, en vez de vivificar los dorados limones ó los verdes chirimoyos como en Quito y la Asuncion, abrasan una tierra árida y desierta.